

Marina; pero le he suplicado que antes nos ayude á cazar un toro, porque de lo contrario moriremos todas de hambre.....

—Sí, sí!—exclamaron todas.

—Bien; el caso es que Don Diego no tiene armas de ninguna clase, y las necesita.....

—Yo tengo un puñal!—gritó una jóven—un puñal que he traído para darme la muerte antes que caer en poder de los piratas.

—Ese puñal nos dará ahora la vida; dádmelo acá para entregárselo á Don Diego.

La jóven se adelantó y presentó á Don Diego un rico puñal guarnecido de plata.

—¿Os basta con eso?—preguntó al Indiano.

—Me basta para lograr la empresa ó morir en la demanda.

—Anochece ya—dijo una dama—puede comenzar la carcería, y vos direis lo que debemos hacer.

—Poca cosa—contestó el Indiano;—caminaremos por el bosque á tal distancia unos de otros que sea imposible extraviarnos; vosotras servireis de ojeadores, y tan pronto como alguna descubra una res, me avisará: lo demás corre de mi cuenta.

—Muy bien.

—Pues en marcha.

—En marcha—contestaron todas.

Aquella turba comenzó á moverse, y en medio de ella Don Diego con el puñal en la mano y seguido de la dama que se había constituido madre de la pequeña Leonor, á la que llevaba entre sus brazos.

Caminaron en silencio algun tiempo sin escucharse mas ruido que la maleza que crujía bajo los piés de aquella gente.

El Indiano meditaba un plan para atacar al toro en caso de encontrarlo.

XI.

La caza del toro.

Don Diego no contestó, pero siguió á la dama, que se internó entre la arboleda.

A corta distancia se encontraron en una especie de campamento de amazonas.

Una multitud de mujeres de todas clases se había reunido allí buscando un refugio para salvarse de los piratas; pero en aquellos rostros se pintaba el hambre, la desesperacion.

Don Diego fué recibido como un salvador; todas le hablaban, todas le preguntaban por sus hijos, por sus hermanos, por sus esposos, y el Indiano no podía satisfacer aquellas preguntas, y el desconsuelo mas grande reinó entre aquellas desgraciadas.

—Señoras—dijo la dama que había conducido á Don Diego—este caballero busca á su esposa Doña Marina, pero su hija está aquí y ya entre sus brazos: yo le he propuesto encargarme de esa niña mientras él va en busca de Doña

Si el toro venia sobre él, entonces habia esperanza de matarlo; pero si huia ¿cómo ir en su persecucion? ¿cómo darle alcance?

Pensaba en esto, cuando sintió que le tocaban por la espalda.

Era una de aquellas mujeres.

—Hemos encontrado la res—dijo la mujer.

—¿En dónde?

—Cerca de aquí; varias señoras están allí inmediatas para cuidar de sus movimientos: es un soberbio toro.....

—Vamos—dijo el Indiano, y siguió á la mujer.

Cerca de allí se formaba en el bosque una pequeña plaza rodeada de árboles, y allí, á la escasa luz del crepúsculo, las damas mostraron al Indiano un hermoso toro que comia de la yerba de aquel pradito.

Don Diego, dando un rodeo, comenzó á acercarse al animal, procurando no ser sentido por él.

El toro no maliciaba siquiera la presencia de un enemigo en un bosque en donde quizá habia vivido siempre sin que nadie osase atacarlo.

El Indiano estaba ya muy cerca, cuando el toro alzó la cabeza y lo miró, pero sin tratar de huir y solo poniéndose como en actitud de defensa.

Don Diego quiso aprovechar aquel momento, y se lanzó sobre él; pero el animal inclinó su frente y opuso al ataque de su adversario dos cuernos largos y agudos como dos estochos, y á su vez tiró tambien un golpe que esquivó el Indiano aferrándose á uno de los cuernos del animal, con la mano y el brazo erguidos, y descargando al mismo tiempo sobre él con la diestra una verdadera lluvia de puñaladas.

Pero Don Diego comprendió que la lucha era desigual:

el toro tenia una pujanza terrible, y el hombre no podia al mismo tiempo atacar y defenderse, librarse de los golpes y contener á la fiera si queria huir.

El animal herido quiso dejar el combate, y el Indiano se resolvió á detenerlo á todo trance; dejóle el hierro clavado en uno de sus flancos, y con los dos brazos se afirmó en los cuernos.

Luchaba el toro por desprenderse del hombre, y el hombre se adheria al animal para aprisionarlo; pero el animal ganaba terreno y arrastraba al hombre hácia la selva, al principio lentamente, y poco despues con mas y mas rapidez.

Don Diego, cansado, pensó que no tenia mas remedio que soltar su presa, é iba ya á desprenderse, cuando el toro vaciló.

Como un enjambre de avispas, así habian caido sobre él todas las mujeres; unas le jalaban, otras le golpeaban con piedras, otras le pinchaban con palos, otras con fajas procuraban atarle los piés; el Indiano aprovechó los instantes, sacó el puñal que aun llevaba clavado el toro, y le dió la muerte.

Aquellas damas, entre las cuales habia algunas que la víspera hubieran despreciado las mas exquisitas viandas, lanzaron un grito de alegría al ver caer al animal y al pensar que habia siquiera carne para comer.

A fuerza de trabajo destrozaron al toro; brillaron luego como por encanto algunas hogueras, y todas aquellas infelices comenzaron á devorar con ansia trozos de carne mal cocida y sin preparacion de ninguna especie.

—Señoras—dijo Don Diego—os he cumplido mi palabra; voy ahora en busca de mi esposa; cuidad de mi hija.

Y dando un tierno beso en la frente á Leonor, se perdió entre los bosques.

La noche estaba oscura, y Don Diego no conocia por allí camino alguno. Comenzó á caminar á la ventura; pero á cada momento se le presentaban obstáculos insuperables; ya una caudalosa vertiente, ya un barranco, ya una cadena de peñascos.

La constancia no le abandonaba, aunque sentia que las fuerzas le faltaban; las horas volaban para él con una rapidez espantosa; cada momento que perdía se le figuraba que era el instante terrible en que Doña Marina sucumbia á la fuerza de los piratas; y entonces una sombría desesperacion se apoderaba de su alma, y si las sospechas se hubieran tornado en realidades en aquel instante, se hubiera dado él mismo la muerte.

Toda la noche caminó, caminó, y sin nada que le indicara el rumbo que debia seguir, sin ninguna esperanza de que se aproximaba al término de su viaje.

Cuando comenzó á lucir la mañana, Don Diego no podia ya dar un paso; sus piés estaban horriblemente maltratados, sus miembros se negaban ya á sostenerle, y fatigado, jadeante, desesperado y con las fauces secas, se dejó caer al pié de un árbol, para esperar allí la muerte.

.....

Las naves de Morgan habian quedado en el puerto de Naos al cuidado de algunos hombres de toda confianza, que tenian orden de hacerse á la vela al dia siguiente al de la partida de la expedicion, para anclar en Portobelo.

Así lo ejecutaron, y cuando la escuadrilla llegó frente á la ciudad, aun se escuchaban las detonaciones de la ar-

tillería del fuerte en que se defendia el gobernador español.

Aquella noche, despues del triunfo, muchos marineros saltaron á tierra, y Doña Ana de Castrejon, que estaba prisionera en el navío almirante, quedó allí bajo la vigilancia de los pocos soldados que cuidaban del buque.

Brazo-de-acero, como le decian los piratas á Don Enrique, habia sido recibido por Morgan y Juan Darien con grandes muestras de estimacion, y por no herir su amor propio, ninguno de ellos se habia atrevido á decirle una sola palabra de cuanto contra él les habia contado Doña Ana.

En la misma noche se organizaron algunas partidas que salieron á recorrer los bosques inmediatos, con objeto de aprehender á los fugitivos, y Brazo-de-acero fué nombrado por Juan Morgan gobernador de aquella plaza.

Eran ya las primeras horas de la mañana del siguiente dia, y Morgan descansaba en su alojamiento, cuando oyó un rumor en la calle, la puerta de su casa se abrió y penetraron por ella una porcion de piratas conduciendo en una silla de manos á Doña Marina, régicamente vestida y ataviada.

—¿Qué es esto?—dijo el almirante.

—Señor—contestó el que llevaba la voz entre todos aquellos hombres—os traemos á la mas hermosa de cuantas damas se han encontrado en la ciudad, y que hemos querido nosotros destinarla á nuestro gefe como una muestra de cariño.

Morgan estaba absorto con la belleza de Doña Marina: acostumbrado á la hermosura de las mujeres del Norte, el almirante sentia en los ojos dulces y negros de Marina, una extraña fascinacion; el color de la piel, suave y sedosa, sus negros cabellos, todo le alucinaba, todo le encendia.

—¡Oh!—exclamó—me haceis un obsequio digno de vo-

sotros, y esta mujer no será para mí el juguete de una hora, sino que la guardaré á mi lado como la esposa que me dan mis valientes, y como un recuerdo de su cariño. Dentro de pocos momentos comenzarán los preparativos para hacernos á la vela, y esta señora por lo mismo no puede permanecer aquí; hacedla llevar á bordo como la habeis conducido hasta aquí, en triunfo, y volved á disponeros para el viaje.

—¡Viva el almirante!—gritó uno.

—¡Viva!—repitieron todos, y aquella comitiva volvió á salir de la casa de Morgan y se dirigió al puerto.

Doña Marina ni hablaba ni se resistia; estaba como una insensata.

Los marineros desataron un bote, y cuatro de ellos saltaron á él conduciendo la silla en que iba la jóven.

—Al «Almirante»—dijo uno de ellos á los que remaban.

—Aguardo—exclamó otro;—hay que observar una cosa.

—¿Qué?

—Yo soy de la tripulacion del «Almirante,» y anoche salí á tierra.

—Bien; ¿eso qué importa?

—Mucho; que en el «Almirante» tiene el jefe otra dama, que es muy bella tambien, y que la envió allí desde la misma noche que se dirigió para Portobelo.

—¿Y crees tú que ese será inconveniente?

—Puede que eso no le convenga á él.

—Algo nos hubiera dicho.

—Tal vez por distraccion..... además, nos encargó que la trajéramos á bordo, pero no dijo que al navío que él monta.

—Lo mismo da: por sí ó por no, que vaya entonces á la «Vénus» del campechano; ya el almirante sabrá despues lo que dispone.

—Bien pensado.

Y el bote, al impulso de los remos, llegó hasta el navío que habian indicado los marineros.

Doña Marina fué izada en la misma silla de manos, y quedó como un depósito sagrado á las órdenes del almirante.

Los bogas volvieron á la plaza, y poco despues comenzó el movimiento del embarque de las tropas de los piratas y del botin.

En estos momentos comenzaban á llegar las partidas de piratas que habian salido á expedicionar.

CAPITULO